



Sylvia Marcos. *Una poética de la insurgencia zapatista.* Coyoacán, México: Akal/Inter Pares, 2023.

El movimiento zapatista, que cumple treinta años en la luz pública y cuarenta de organización, ha desplegado un teatro de las paradojas. Los milicianos se cubrieron el rostro para ganar identidad y la lucha armada se transformó de inmediato en una sostenida búsqueda de la paz. La dialéctica de los contrarios ha estado presente en un quehacer que resignifica los símbolos y las mitologías. Su primer vocero apareció con el nombre de un evangelista (Marcos) y el azar objetivo permitió que una de sus más lúcidas analistas se apellide de idéntica manera. Sylvia Marcos ha seguido la lucha del EZLN desde su origen. *Una poética de la insurgencia zapatista* (Akal/Inter Pares) es el más reciente saldo de su sostenido itinerario intelectual.

En tres décadas, el zapatismo no ha dejado de arrojar una luz inaugural. Boris Groys advierte que lo nuevo deja de serlo en cuanto se convierte en material de archivo. La postura de los indígenas de Chiapas mantiene su novedad en la medida en que se adapta y transfigura. Estamos ante una materia difícilmente archivable, no sólo por las continuas sorpresas que arroja, sino porque los mensajes previos cobran otro significado al cotejarse con los más recientes. En forma singular, el discurso zapatista se renueva hacia el futuro y hacia el pasado, que no es concebido como una zona de clausura, sino como un espacio abierto a los desafíos del tiempo.

¿Cómo atrapar un pensamiento colectivo en permanente cambio? Sylvia Marcos acota su indagación a las propuestas de las mujeres zapatistas; aun así, su horizonte es sumamente amplio, pues se trata de ideas en continua formación, que reescriben la vida diaria y reinterpretan la ya transcurrida.

Una poética es, ante todo, un notable trabajo de campo. Durante tres décadas, la autora ha procurado conjugar tres verbos en relación con las zapatistas: “escuchar,” “caminar” y “dialogar,” que determinan otras tantas secciones de su libro; no se concibe como protagonista, sino como una acompañante busca de nuevos modos de pensar. En este sentido, *Una poética* tiene, en primera instancia, un alto valor documental. Ante la falta de información, lo que sucede en Chiapas se suele circunscribir a los hechos noticiosos fundamentales (el levantamiento de 1994, los Acuerdos de San Andrés de 1996, la Marcha del Color de la Tierra rumbo a la Ciudad de México de 2001). Con frecuencia, los noticieros y los comentaristas se refieren al EZLN en pasado.

El desencuentro con la opinión pública se ha acentuado por las nuevas estrategias zapatistas. Si en un principio su cometido fundamental consistía en proponer otra realidad, ahora consiste en realizarla. Esto explica un singular desplazamiento: las ilusiones promovidas en 1994 son ya material de trabajo. En consecuencia, promover el sueño es menos importante que tratar de llevarlo a cabo. No abundan los datos sobre la paciente construcción de esa alternativa. De ahí la relevancia de los viajes de investigación de Sylvia Marcos.

Una poética aborda un tapiz cambiante, donde los hilos se atan siempre en nuevos cabos. Estamos ante un proceso *en el tiempo*, que actualiza las formas de llegar al porvenir. Las proclamas de 1994 se mantienen en lo esencial, pero el movimiento ha evolucionado. El viraje más evidente ocurrió muy pronto. El 1 de enero de 1994, México despertó ante una insurgencia de cuño guevarista. Por su nombre, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional recordaba las gestas de la guerrilla centroamericana y la presencia de la estrella roja y de ciertas consignas marxistas aludían a la izquierda canónica. Sin embargo, en unas cuantas semanas, los comunicados del subcomandante Marcos incorporaron concepciones políticas de las comunidades indígenas, la teología de la liberación y el realismo mágico latinoamericano. En agosto de ese mismo año, en la Convención de “Aguascalientes” celebrada en la selva tojolabal, el EZLN se sometió a los designios de la sociedad civil. Más importantes, y menos indagadas, han sido las transformaciones posteriores, relacionadas con la ecología y la perspectiva de género. Sylvia Marcos se ocupa, precisamente, de esta esencial reconfiguración del zapatismo.

La autora ha llamado la atención sobre la mirada inicial de las mujeres de Chiapas, que nunca veían a la cámara; participaban en la lucha con una valentía que se sobreponía a agravios centenarios, pero sin la seguridad de la que ahora disponen. La conquista de una voz propia ha tenido como correlato el ejercicio de nuevas formas de actuar y pensar.

Ese camino no ha estado libre de rodeos. La Ley Revolucionaria de Mujeres garantizó derechos que encontró obstáculos para ser puesta en práctica. *Una poética* documenta la autocrítica que en 2006 el subcomandante Marcos hizo al reconocer rezagos en la política de inclusión. Un año más tarde surgió una respuesta: el primer Encuentro de las Mujeres Zapatistas con las Mujeres del Mundo, donde se precisaron cambios para seguir avanzando, sin que eso significara haber resuelto la cuestión. Las zapatistas entienden el horizonte como una línea que se repliega de manera incesante, de ahí que uno de sus lemas sea “Falta lo que falta.” Darse por satisfecho es un dogmatismo innecesario.

Sylvia Marcos registra un lema escuchado en los *Caracoles*, decisivo para entender su campo de estudios: “La realidad no cabe en la teoría.” Para conocer

las decisiones de las Juntas de Buen Gobierno y la forma en que las convicciones encarnan en las costumbres cotidianas hay que entrar al territorio.

Cuando Carlos Lenkersdorf definió a los lacandones como un “pueblo de la escucha,” puso el acento en un valor que suele escapar al pensador occidental dispuesto a que la realidad se ajuste a sus hipótesis y la Historia suceda como si leyera sus libros. Sylvia Marcos opera de otro modo: ante el encuentro con una comunidad distinta, asume que el estímulo más provechoso consiste en aprender lo que en principio no se entiende; no subordina el trato con las mujeres a sus prenociones académicas: viaja para aprender, para conocerse en ellas.

Su formación en diversos terrenos de las ciencias sociales (Psicología, Antropología y Sociología) ha permitido que su obra asuma un enfoque transdisciplinario. Pero toda enseñanza requiere de cierto *desaprendizaje* de nociones previas; con la misma apertura con que se alimenta de diversas corrientes del pensamiento, Sylvia Marcos no pretende que los hechos se ajusten a un marco teórico, así se trate de uno forjado en múltiples saberes. Sus conocimientos académicos no se diluyen; se convierten en un *punto de partida* para dejarse sorprender por una realidad inédita.

Un epígrafe de Foucault explica el linaje intelectual al que pertenece este libro. Estamos ante una “producción teórica autónoma [que] no necesita una aceptación desde el régimen común para establecer su validez.” Sylvia Marcos evita el uso excesivo de los referentes hegemónicos de las ciencias sociales y confiesa en forma llana que busca desentrañar un proyecto social “tan amado y tan inaccesible.” Se trata, pues, de una investigación participativa, donde el afecto y el desconocimiento pueden nublar la mirada; por lo tanto, en su viaje decide que el hilo principal de su trabajo sean las voces de las otras. Durante treinta años no va a Chiapas a explicar, sino a interrogar.

Al referirse a las ideas que recoge, la autora comenta: “Es teoría hablada, vivida, sentida, bailada.” El libro tiene mucho de crónica personal, en la que se comparten los retos para adentrarse en un entorno ajeno, muchas veces incómodo. Las dificultades para conseguir una taza de agua caliente para un té medicinal o encontrar un sitio para dormir ponen a prueba a la investigadora. Estos pasajes autobiográficos tienen el mérito, no sólo de otorgar fluidez a la narrativa, sino de plantear con honestidad la sensación de otredad ante lo que se busca conocer. Hay que dormir de otro modo en ese sitio. La investigadora no sólo debe renunciar a sus prejuicios teóricos, sino a sus costumbres.

¿Cómo estudiar un movimiento radicalmente distinto sin romper los moldes de la interpretación? Resulta imposible permanecer en el plano de los conceptos ante personas que buscan que las ideas sean actos. Una mujer del *Caracol* Morelos, que forma parte de la Junta de Buen Gobierno, dice a la au-

tora: “Queremos agarrar con nuestra mano el derecho.” La ley y la palabra se entienden como algo tangible. Esta encarnación o corporización de la teoría no aparecía en los primeros planteamientos del EZLN y le debe mucho a las prácticas de las mujeres.

Sylvia Marcos subraya que el feminismo zapatista busca igualdad sin exclusión. Una categoría se abre paso a lo largo del libro: “equilibrio.” La novedosa organización social propuesta por las indígenas de Chiapas depende de un acuerdo entre el derecho individual y el colectivo. La subordinación excesiva hacia uno de los polos de la ecuación rompe la armonía, pero lo más significativo es otra cosa. *Una poética de la insurgencia zapatista* remite a las dualidades de la cosmogonía prehispánica para entender el pensamiento moderno zapatista: el equilibrio sólo es concebible si hay dos polos; ninguno debe prevalecer, pero los dos deben existir.

La misma dinámica se aplica a la ecología y a la cuestión de género. Sylvia Marcos realza la importancia de una de las más profundas convicciones de las zapatistas: “Estamos parejos.” Los polos de la dualidad están integrados por sujetos que se necesitan *en la diferencia*. En esta oposición dinámica, no se puede ser uno sin el otro. La igualdad sin exclusión se plantea, así, como una dialéctica que depende de equilibrios e interdependencias: individuo-sociedad, ser humano-naturaleza, hombre-mujer.

La Universidad de la Tierra, con sede en San Cristóbal de Las Casas, ha sido uno de los principales foros de los *semilleros* zapatistas. Uno de los lemas de esta institución es “Hay que pensar sudando.” El conocimiento se concibe como una acción.

Sylvia Marcos es fiel a esta idea; registra el pensamiento de las zapatistas, pero también y, sobre todo, la forma en que esos conceptos encarnan en las comunidades.

En la presentación de este libro, en la librería Rosario Castellanos de la Ciudad de México, el 17 de enero de 2024, la autora habló de la situación de la mujer en el ámbito académico al que pertenece, donde la retórica igualitaria no ha impedido que la exclusión se siga ejerciendo, y la comparó con la participación concreta de las mujeres zapatistas en las tomas de decisiones. A propósito de las candidaturas de dos mujeres a las elecciones presidenciales de 2024, advirtió que han tenido que masculinizar su discurso para ser aceptadas, evadiendo cualquier ruptura con lo que el poder hegemónico espera de ellas.

Al cabo de treinta años de observar las prácticas de las zapatistas, Sylvia Marcos concluye que la idea de “paridad” es más fecunda que la de “igualdad.” La distinción fundamental es que la paridad incluye al otro, con el que tiene una relación constitutiva; en cambio, la igualdad alude a identidades escin-

didias; apela a derechos equivalentes de individuos disociados entre sí. En su visión orgánica del cuerpo social, las zapatistas buscan mantener el equilibrio, es decir, la estimulante línea de fuerza con el otro. Por ello, una mujer dice a la autora: “La diferencia nos empareja, no nos inferioriza.”

Disponer de una especificidad sirve para reconocer la del otro y para equilibrar la alteridad; a tal grado que, en el Encuentro Intergaláctico, la mayor Ana María pudo decir: “Somos iguales *porque* somos diferentes.” Lo distinto garantiza la paridad, pues toda armonía requiere de un contrapeso complementario, de una estimulante interdependencia.

Esto se extiende a la comunidad en su conjunto, donde el problema de uno se convierte, necesariamente, en el problema de todos. De ahí el predominio del “nosotros” o el “nosotras” en las asambleas de los pueblos originarios.

Sylvia Marcos recuerda que en tojolabal la palabra “mandar” significa “trabajar.” Ahí está el origen remoto de la célebre frase del subcomandante Marcos: “mandar obedeciendo.” Quien recibe la encomienda de representar a los demás no está por encima de ellos; por el contrario, acepta la carga de trabajar en su favor.

¿Hasta dónde es posible *encarnar* las ideas, llegar a una teoría que se vive y no sólo se reflexiona? *Una poética de la insurgencia zapatista* busca responder esta pregunta. De acuerdo con diversas tradiciones prehispánicas, que Lenkersdorf estudió con atención, el corazón es un órgano que piensa. No representa exclusivamente el sentimiento; lo incluye pero lo trasciende porque también es el órgano de la razón, la vida y la memoria. Sentir es una función de la inteligencia.

La dinámica de género tiene que ver con este concepto cardinal. Al referirse al corazón, la autora-viajera cita a Alfredo López Austin, quien afirma que la individuación casi no existe en el mundo mesoamericano. El corazón es una energía vital que preserva al individuo, pero, sobre todo, que late en función del otro. El primer sonido que escuchamos durante la gestación es el corazón de la madre, la primera métrica del mundo. José Emilio Pacheco sostenía que la poesía deriva de ese ritmo primordial. De manera apropiada, Sylvia Marcos titula su indagación como “una poética.”

El ritmo vital alude a la persona, pero también al universo al que pertenece. La noción de interdependencia vincula tradiciones ancestrales con las más urgentes reflexiones contemporáneas. Para las cosmogonías prehispánicas, el ser humano es producto y custodio de un orden que lo trasciende. De ahí que la principal consigna del movimiento zapatista y del Congreso Nacional Indígena sea la lucha por la vida. En la era del Antropoceno, la salvación de la

especie depende de recuperar el equilibrio entre la comunidad y la naturaleza. La paridad es un desafío ecológico.

Una poética de la insurgencia zapatista es un elocuente recinto de las voces: Sylvia Marcos escucha a las mujeres zapatistas, quienes, a su vez, escuchan el latido del mundo.

Juan Villoro, El Colegio Nacional (Mexico)